

Lourdes Báez Cubero, Gabriela Garret Ríos, David Pérez González, Beatriz Moreno Alcántara, Ulises Julio Fierro Alonso y Milton Gabriel Hernández García (coords.), *Los pueblos indígenas de Hidalgo. Atlas etnográfico*, México, Gobierno del Estado de Hidalgo/INAH, 2012

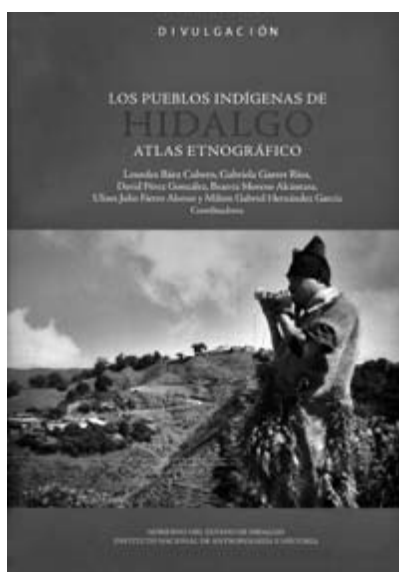
Ana María Salazar Peralta*

El proyecto de investigación del Atlas Etnográfico de México, desarrollado entre 1999 y 2012 por iniciativa de la Coordinación Nacional de Antropología, marcó en la historia de la antropología mexicana un esfuerzo institucional de suma relevancia respecto a la atención de la diversidad cultural en nuestro país. Ahí se reflexiona en torno a los siguientes temas y problemas: estructura social y organización comunitaria; territorialidad, santuarios y ciclos de peregrinación; relaciones interétnicas e identidad; sistemas normativos, conflicto y nuevas tendencias religiosas; procesos rituales; cosmovisión y mitología; chamanismo y nahualismo; patrimonio biocultural de los pueblos indígenas de México, así como la migración indígena (causas y efectos en la cultura, la economía y la población). Todos estos son de suma importancia para entender los significados socioculturales, económicos y políticos, además de su inserción en el Estado-nación multicultural en el presente de la globalización económica.

En consonancia, el "Equipo regional del valle del Mezquital, Hidalgo", coordinado desde la Subdirección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología, se unió en la práctica a la reflexión de "eso que llaman antropología", es decir, un aporte crítico de los antropólogos reflexivos respecto al "indigenismo institucional", que señalaba el atraso y la invisibilización del vertiginoso proceso de cambio cultural en

las comunidades indígenas de México, al cuestionar a esas etnografías que parecían estáticas frente al proceso de la formación social mexicana.

Lo anterior fue resultado de la expansión capitalista en nuestro país, lo cual impulsó la conformación de las Declaraciones de Barbados I y II, y junto a ellas el surgimiento del "etnodesarrollo" y el reconocimiento del "control cultural de



las comunidades indígenas de México". En tales posturas subyace el planteamiento contestatario de la antropología mexicana frente al rezago y la injusticia social concerniente al reconocimiento de la diversidad y el multiculturalismo ejercido por el Estado-nación, así como a la composición pluricultural de la población que habita la nación mexicana.

De manera acuciosa, el equipo citado organizó a un grupo profesional de investigación para atender los temas y problemas planteados como coordenadas para avanzar en su estudio histórico-cultural y aportar conocimiento científico en torno a las particularidades culturales de las comunidades hnähñüs, en 39 colaboraciones, divididas en 22 capítulos, que conforman un vasto compendio de curiosidades científicas interdisciplinarias que

conforman una narrativa etnográfica de profundo contenido cualitativo.

Ésta, a su vez, aporta un enfoque de divulgación mediante un lenguaje amable y fluido que deja de lado la pedantería académica para aportar, a manera de viñetas, miradas empíricas de las culturas de la entidad, estudiadas a profundidad y con grandes reflexiones teóricas en torno a la interpretación antropológica. Todo ello se resume en 412 páginas, que incluyen una rica bibliografía que pone al día el estado de la cuestión.

La antología deja establecido el objetivo de mirar la diversidad cultural hnähñü al corroborar la vitalidad de las formas de organización social, de sus tradiciones y de su ancestral cultura. Por medio de un interesante inventario académico este volumen permite valorar la persistencia de la riqueza cultural de las comunidades de filiación otompe, en particular las establecidas en el territorio del estado de Hidalgo y las entidades vecinas (Querétaro, San Luis Potosí, Veracruz, Puebla, Tlaxcala y Estado de México), por cuyas fronteras permea la identidad y filiación de esta familia lingüística, las cuales se matizan en una serie de estudios concretos que dan una profundidad histórico-cultural a aspectos "ecológicos regionales, procesos productivos e interrelaciones étnico-culturales, de circulación de bienes e ideas", e incluso de "parentesco y patrones de residencia", además de "consumo ritual y cultural", que imprimen de policromía a la diversidad cultural abordada.

De este modo se establece que la cultura otompe es una de las grandes culturas mesoamericanas que a lo largo de la historia dejaron huella del establecimiento de alianzas y fronteras étnicas, por medio de las cuales se conformó una extensión territorial cuyos enclaves se extienden hasta hoy desde el Altiplano Central hasta la región del Golfo y la frontera con Aridoamérica.

* Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM (anamasalazarperalta@gmail.com)

En la actualidad existen comunidades de origen otomí en Guanajuato, Veracruz, Puebla, Michoacán, Tlaxcala, Querétaro, Hidalgo y el Estado de México. Como efecto del proceso histórico y la formación social mexicana, se extienden incluso allende la frontera con Estados Unidos, en poblaciones como Clearwater, en el sur del estado de Florida, además de otras entidades del país vecino.

El estado de Hidalgo, explican los coordinadores del volumen, se divide en tres regiones culturalmente diferenciadas: otomí, nahua y tepehua. Éstas se extienden por sus interacciones culturales con la vecindad a los grupos totonacos y huastecos. Históricamente, en el territorio hidalguense se establecieron dos grandes polos de atracción y vínculos interculturales con la cuenca de México y con la costa del Golfo, primordiales en el proceso de formación social y cultural. La antigüedad de este proceso tiene una importancia fundamental para entender el proceso civilizatorio mesoamericano, junto con la profundidad histórica de la presencia de la familia otopame en diversas regiones del Altiplano Central.

Los estudios arqueológicos en la entidad, en especial los que se presentan en este volumen, evidencian que las poblaciones cazadoras-recolectoras protootomangues habitaron Teotihuacán, Tula y otros importantes centros poblacionales desde hace unos siete mil años, y desde el tercer milenio antes de nuestra era desarrollaron una economía agrícola incipiente para la subsistencia. Se infiere así que la agricultura propició el incremento y la expansión poblacional que dio lugar a las sociedades estatales del México antiguo.

La relevancia histórica cultural de los hñāhñü, la cual se enfatiza en este volumen, apunta a que lejos de ser interpretados por la academia como “los dueños del silencio” –como alguna vez los nombró Jacques Galinier–, con el dato duro de

la investigación arqueológica y de la genética humana contemporánea se reivindica su preeminencia y temporalidad.

La información señala que la presencia y antigüedad de este pueblo es de suma importancia para entender el proceso civilizatorio mesoamericano, en el que se conjuga la exuberante cosmovisión indígena, que integró una especialización económica alcanzada por la domesticación y explotación del maguey, así como un excepcional panteón religioso más tarde compartido con los pueblos nahuas, de cuya preeminencia quedó huella por cuanto a númenes como la luna, deidad netamente otomí cuyo simbolismo se relaciona con el pie-conejo, deidades cuyas ofrendas se asociaban con el culto lunar, el agua, la fertilidad y los mantenimientos.

La cosmogonía y explotación del maguey se presentan en el magnífico trabajo en torno al pulque, así como su matriz cultural, también compartida en la región otomí mazahua del noroeste del Estado de México y las variantes tecnológicas de su proceso productivo, cuya persistencia se sostiene a lo largo del tiempo no sólo en términos de filiación, sino también respecto a la nutrición y supervivencia.

Las poblaciones de las regiones semiáridas como la región del valle del Mezquital, donde se desarrolló la explotación del maguey, se han sostenido mediante la agricultura precaria con el aporte de esta planta, al que se suman otras especies que generan fibras para crear segmentos productivos de gran diversidad creativa; por ejemplo, para la circulación de bienes y objetos de uso doméstico que más tarde cobran importancia para el mercado. Estas formas productivas y económicas han sido el sostén de una población creciente que suele hallarse en condiciones de pobreza, aparejadas con bajos índices nutricionales –los mismos que históricamente se abatieron por la ingesta del pulque y otros productos estacionales como los in-

sectos, ricos en proteína y nutrientes, producto de estas regiones semiáridas.

En materia de organización social se distinguen las formas colectivas y los usos y costumbres de raigambre hñāhñü dentro de los sistemas normativos indígenas, en los que se sustentan los antiguos derechos de sangre y de tierra en el mundo mesoamericano, así como en las repúblicas de indios, además de su adecuación en el mundo novohispano, de la misma forma que los conflictos y revueltas indígenas en contra de la dominación y el despojo territorial. Lo anterior es muestra de esa raigambre rebelde de la matriz cultural hñāhñü y su tránsito histórico como resultado de las legislaciones decimonónicas liberales, las cuales disolvieron la tenencia del territorio de los pueblos indios y los bienes de la Iglesia, al homologarlas como si ambas fueran bienes de manos muertas. Esto motivó el surgimiento de los movimientos indígenas en la región de Ixmiquilpan, que desde entonces reivindicaban el reconocimiento indígena y la redistribución de la riqueza, notoriamente invisibilizados en los tribunales. Sin embargo, la prensa del siglo XIX los consignó con amplitud, cuyos documentos son analizados a profundidad por los coautores del volumen.

La religiosidad y organización de la vida ceremonial abordados en el libro dan cuenta de una riqueza exuberante, con expresiones únicas en creatividad cultural. Se trata de dimensiones que amalgaman el plano de lo religioso con el plano cotidiano de las mujeres, quienes visten a sus familias con la indumentaria tradicional, pero también lo hacen con sus deidades en el “costumbre” o vida ceremonial. Esto constituye dispositivos sociales y culturales cuyo objetivo consiste en restablecer el equilibrio del cosmos por medio de la adivinación, la salud y el propio orden del cosmos. En el costumbre se articulan también expresiones estéticas al compás de la música ritual del canto y la danza,

que crean y recrean el simbolismo cosmogónico ancestral.

Respecto a los sistemas productivos, además de los remanentes de cazadores-recolectores y de la agricultura temprana se estudian los sistemas extractivos de la minería en Zimapán y su influencia en otros sistemas productivos articulados con la misma, como los ranchos y haciendas productores de bienes para la minería, pero también con las haciendas pulqueras de Apan y Tulancingo, ya que junto a éstas hallamos la producción de textiles y la extendida producción de ganado lanar en la entidad. Todo ello sirve de antecedente para entender el proceso histórico y el tránsito a la realidad contemporánea, donde las contradicciones estructurales impusieron el desmantelamiento de la estructura agraria y, con ello, la expulsión de la mano de obra (un proceso que parece confirmar el aforismo de Gamio "México, un país de migrantes"). Otros aspectos de igual relevancia se relacionan con la imposición del monolingüismo como estrategia de integración, lo cual no resolvió la desigualdad social ni la discriminación de la sociedad nacional respecto los pueblos indígenas.

Se trata en suma de un volumen que no insiste en el tema de la igualdad del Estado multicultural, el mismo que encubre la desigualdad social y la carencia de democracia. Por el contrario, los ensayos exponen la preocupación de los lingüistas respecto a la diglosia y el desplazamiento lingüístico, aspectos de gran relevancia para comprender el enorme peso del sistema educativo mexicano en la responsabilidad en cuanto al desplazamiento lingüístico de los hablantes de lenguas amerindias y su discriminación social. Este proceso ha mostrado la inoperancia del modelo multicultural como sustento para la arquitectura del Estado-nación, carente de una auténtica democracia.

Los ensayos que abordan esta realidad explican que el reconocimiento a los de-

rechos lingüísticos y el reconocimiento de los derechos culturales harán avanzar la posibilidad de construir un México pluricultural y pluriétnico, con el que se erigirá una verdadera perspectiva intercultural, inclusiva y democrática. Para que ello se consolide, tendrá que haber un reconocimiento a la diferencia de clase, género y cultura, la cual respete a los ciudadanos, cualesquiera que sean sus orígenes y condición social, de modo que sean visibles y considerados en el escenario político y cultural de esta gran nación mexicana, y se dé lugar a ciudadanos orgullosos de su origen y pertenencia étnica.

• • •

Sydney Mintz y Richard Price, *El origen de la cultura africano-americana. Una perspectiva antropológica*, México, CIESAS/UAM/UIA, 2012

Gabriela Iturralde Nieto*

Las formas de vida cotidiana, las creaciones artísticas y las ideas sobre el mundo material y simbólico de las poblaciones afrodescendientes en las Américas, ¿se deben comprender como huellas de la herencia de las culturas de origen en África? O, por el contrario, ¿podemos considerarlas como nuevas culturas en permanente creación, en las que se elaboran y expresan la vida compartida con diversos grupos sociales en diversos contextos espacio temporales? Son preguntas que desde varias perspectivas atraviesan los debates sobre los estudios sobre población afrodescendiente en las Américas, enmarcados en un debate más amplio sobre las identidades étnico-raciales que discuten su carácter esencial o construido.

Desde hace al menos 20 años se observa en América Latina un importante

* Docente de la maestría en estudios latinoamericanos, UNAM (giturraldenieto@gmail.com)

proceso de visibilización de las colectividades y organizaciones afrodescendientes, que reclaman ser reconocidas como parte de la historia y del presente de este continente, exigen el pleno ejercicio de sus derechos y una vida libre de racismo. En este contexto los estudios sobre las comunidades afrodescendientes parecen "ponerse de moda", y debates que parecían superados adquieren nueva vigencia –como el mencionado antes.

Este texto tiene como propósito reseñar de manera breve un libro de reciente publicación en México, que sin duda es una lectura obligada para los interesados en documentar y comprender los procesos de intercambio social a que dio lugar la llegada a nuestro continente, a partir del siglo XVI y hasta el XIX, de personas de origen africano esclavizadas y libres.

El Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), junto con la Universidad Iberoamericana (UIA) y la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) se han dado a la tarea de publicar una colección de clásicos de la antropología. Su principal objetivo es acercar a nuevos lectores textos que han construido el acervo de conocimiento de esta disciplina.

Los editores de la colección acertaron al incluir allí esta obra de Sydney Mintz y Richard Price, *El origen de la cultura africano-americana. Una perspectiva antropológica*. Publicada originalmente hace casi 40 años, fue y sigue siendo, como lo señalan atinadamente Catherine Good y María Elisa Velázquez en el prólogo a esta primera edición en español, un parteaguas en los estudios sobre las culturas y colectividades de la diáspora africana en las Américas, pues sentó las bases para el desarrollo de una comprensión holística de los procesos experimentados por las poblaciones de origen africano en el continente y sus creaciones culturales.

Los autores plantearon, en su momento, una ruptura metodológica con las tra-